

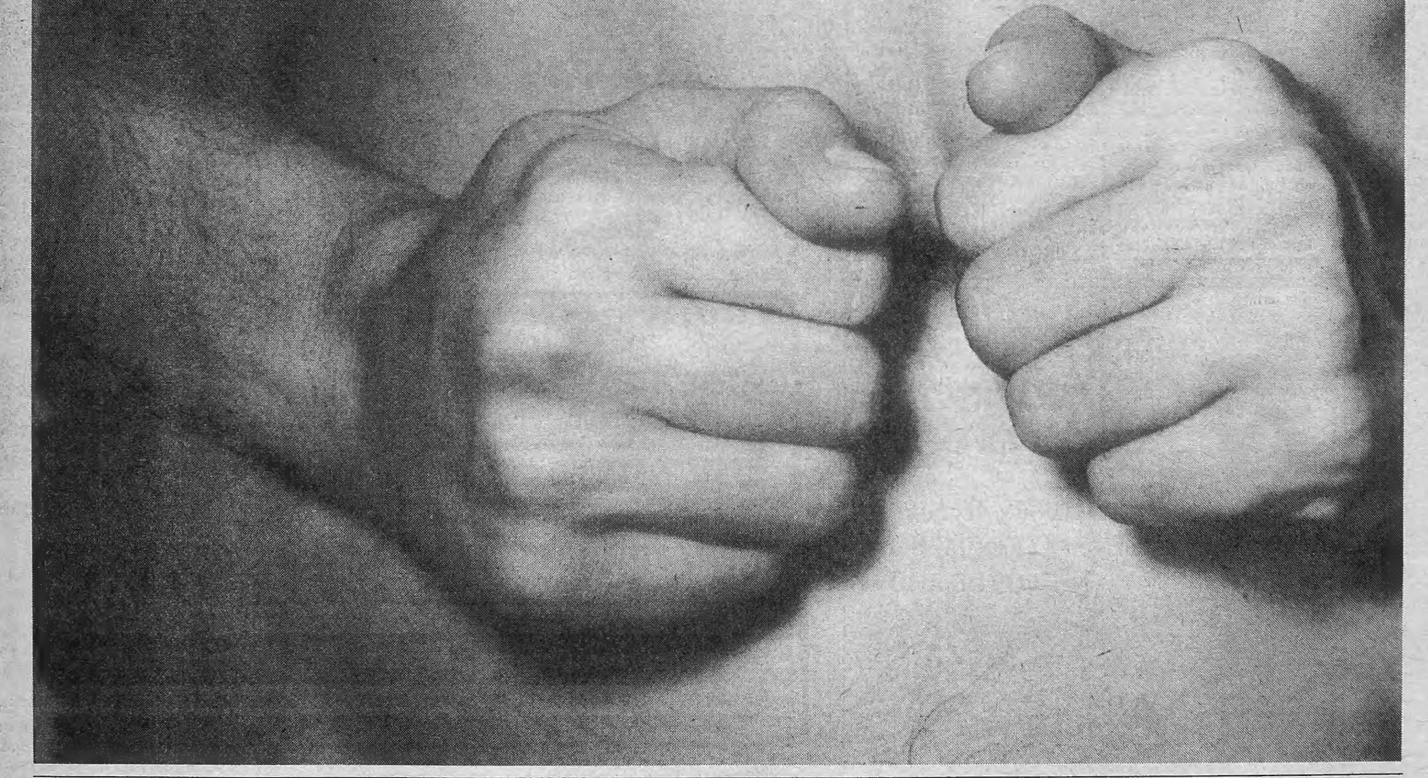
De ambos lados se arrogan la "defensa de la vida": los que condenan el aborto, por la vida del feto, apelando a lo sagrado de cualquier vida. Los que lo legalizarían, por la de las mujeres, afirmando que son ellos quienes defienden realmente la vida y que son unos hipócritas quienes dicen defenderla condenando a las mujeres que abortan. Tan reñida la contienda y tan especulares los discursos da que pensar. Comparten la idea de lo sagrado de la vida y se separan en el resto apenas por un sí o un no

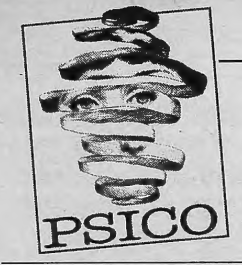
EL ABORTO: DERECHO A LA VIDA O DERECHO A LA LIBERTAD

(*Por Laura Klein* *) Es síntoma de la crisis interna de los valores de la modernidad el que aparezcan enfrentados, en las discusiones en torno del aborto, "derecho a la vida" y "derecho a la libertad". Si del primero se trata, el protagonista del aborto es el feto y el punto nodal consiste en descubrir si es o no es un ser humano. Cuando se habla de libertad, sale a relucir que las crías de nuestra especie no nacen de semillas regadas en la tierra, como las plantas, y entran en escena las mujeres, reducidas en el tópico anterior a mero soporte de la vida cuyo derecho está en juego. Puesto que las mujeres dejan de ser aquí apenas recipientes de embriones y cobran el status de ser humano tienen también derecho a participar en el "derecho a la vida" que, abolida la esclavitud y declarada la igualdad ciudadana ante la ley, va asociado al "derecho a la libertad". Se afirma entonces que las mujeres tienen "derecho a decidir sobre sus propios destinos", que ser madres no es su única realización posible, que la prohibición del aborto se convierte en "decreto de embarazo obligatorio", defendiendo el "derecho al propio cuerpo" y a una "maternidad responsable".

Los antiabortistas tienen a su favor una carta fuerte: el anzuelo del término "vida", que crea en todo mortal una adhesión emocional inmediata. Con ese anzuelo ejercen un chantaje. Prueba de este chantaje es cierta especie de documentos suprasensoriales escritos con serena sabiduría por los niños-no-nacidos a sus madres-asesinas y distribuidos por la Iglesia. Todos comienzan "Querida

●▶





OPTICAS DIFERENTES PARA UN PROYECTO DE VIDA

mamá", expresan su frustrado deseo de "haberte cuidado y mantenido cuando seas viejita" y terminan "ojalá no lo hagas más".

Los intentos de despenalizar el aborto se encuentran, a pesar de tantas y tan buenas razones, en una encrucijada: hasta que terminan de desplegar sus argumentos en torno de la definición de vida humana y a la libertad de elección de las mujeres, los militantes antiabortistas logran, con una sola frase, un poder de persuasión y un efecto de verdad que los deja victoriosos antes de empezar siquiera la discusión: *la vida es sagrada.* Quienes abundan en los vectores de la libertad pierden el hilo: nuevamente les han corrido el foco, haciendo desaparecer la política de liberación de las mujeres bajo la luminosidad inescrutable, pero clara y distinta, de un dato natural y lógico –que la vida humana es vida humana, aun en su ínfima expresión–. Pero su silencio ha sido obtenido en buena ley: participan también de la creencia en la sacralidad de la vida, y su defensa de la libertad no quiere avasallarla.

De ambos lados se arrogan la "defensa de la vida": los que condenan el aborto por la vida del feto, apelando a lo sagrado de *cualquier* vida; los que lo legalizarían, por la de las mujeres, afirmando que son ellos quienes defienden *realmente* la vida, y que son unos hipócritas quienes dicen defenderla condenando a las mujeres que abortan.

Es interesante observar que, en esta disputa, se trata de un mismo valor en juego. Si se pudiese dibujar la lógica de ambas argumentaciones, veríamos que los antiabortistas trabajan implícitamente con este silogismo:

a) *la vida humana es sagrada,*

b) *el feto es un ser humano*, por lo tanto

c) *el aborto es un sacrilegio, o en términos laicos un asesinato.*

Los proabortistas invierten la segunda premisa, suponiendo el siguiente silogismo:

a) *la vida humana es sagrada,*

b) *el feto no es un ser humano*, por lo tanto

c) *el aborto no es sacrilegio ni asesinato.*

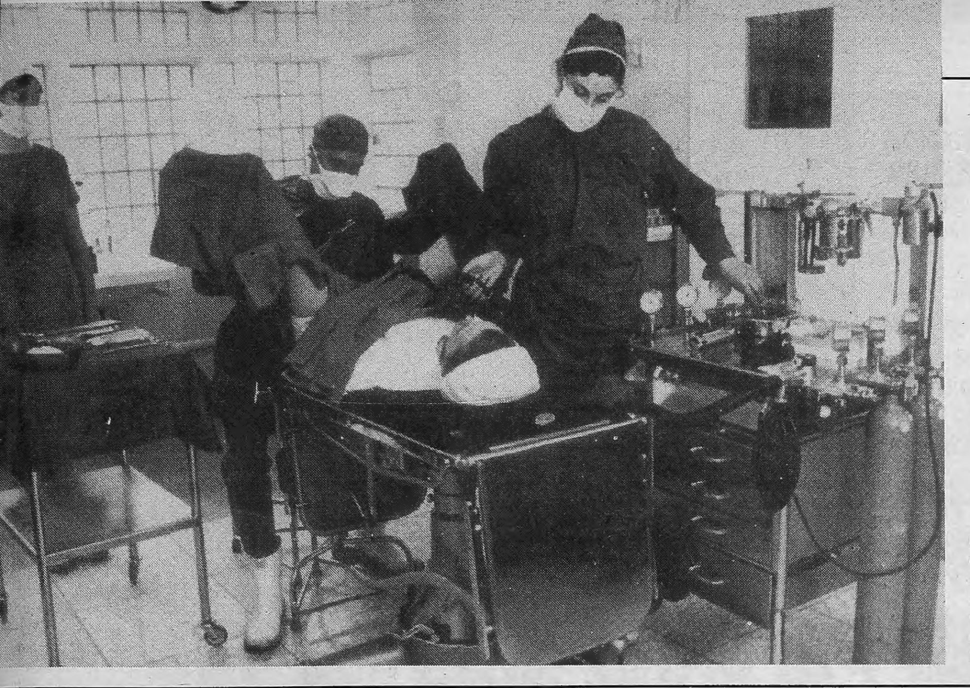
Tan reñida la contienda y tan especulares los discursos da que pensar. Comparten la idea de lo sagrado de la vida, y se separan en el resto apenas por un sí o un no. Dentro de este esquema decir que el feto *no* es un ser humano y que por tanto el aborto *no* es un asesinato, casi parece una denegación: "Si el feto es inocente, nosotras también", "también somos víctimas". Poner un simple "no" adelante de una idea no la destruye, más bien la refuerza al ofrecer la ilusión de que su crítica ya ha sido realizada. Tal vez el callejón en que se precipitan los defensores de la despenalización del aborto sea, como dice Nietzsche de los librepensadores, resultado de la manía de querer recuperar todos los contenidos, tomar lo "positivo" y rechazar lo "negativo", sin preguntarse por el origen ni el valor de esos contenidos recuperados. "La Iglesia nos repugna, pero su veneno no."

El problema, entonces, es anterior a la discusión sobre el aborto. ¿Qué se dice cuando se dice "vida"? ¿Qué se dice cuando se llama "sagrada"? Aunque pueda parecer extraño, el supuesto del valor sagrado o inalienable de la vida es más o menos reciente, una noción moderna que, al reciclar para los hombres lo que era propiedad de los dioses, entraña una radical transformación del concepto mismo de lo sagrado. De la desnuda existencia humana como pequeña y miserable frente a la esfera de lo trascendente, a la entronización del individuo y la sacralización de la vida desnuda. Quizás –y éste es un aserto ingrato– poner el rasero de lo sagrado al nivel ínfimo de lo humano sea condición de la democracia y el igualitarismo.

Es evidente para cualquiera que, fuera de la esfera celestial del Derecho, la vida no sólo no es sagrada sino que no alcanza el valor de un pasacasete. También es harto sabido que difícilmente una abortante vaya presa, así como tampoco se sanciona a los suicidas fracasados, aunque ambas prácticas estén formalmente penalizadas. Lo que amenaza el poder del Estado sobre la vida y la muerte no es el *hecho* de que las mujeres aborten, sino de que tengan el *derecho* de hacerlo (no es la *vida* lo que está en juego, sino el *derecho a la vida*). Pero el discurso jurídico, aun cuando no se cumplan los castigos que promete, no se convierte por ello en fraseología inocua. Su eficacia se mide también en términos de su poder de persuasión, intimidación y encubrimiento. No es un detalle a desdeñar que sea un discurso que deja las desigualdades a cargo de la naturaleza, del azar, de la mala suerte o del destino.

Si el Estado, por definición, detenta el monopolio de la violencia, el derecho de las mujeres a abortar cuestiona ese monopolio. Existe implícita en toda violencia –escribe Walter Benjamin– un carácter de creación jurídica; de aquí la tendencia del derecho moderno a vedar toda violencia ejercida por las personas individuales. Si el aborto está penado por la ley, no es porque al Estado le interese salvaguardar la vida del feto, sino para salvaguardar la existencia misma del derecho, amenazada por el poder, que se saldría de su control, de que las mujeres decidan sobre las vidas posibles. Aunque esto sea rechazado habitualmente por el llamado pensamiento progresista, el aborto *es una violencia*. No controlada ni decidida por el Estado, muestra que la vida puede ser no violenta únicamente en el ámbito imaginario de la igualdad de derechos. Que no seamos culpables, como dice Andrea Di Cione, no quiere decir que seamos inocentes. El derecho a abortar rompe la ilusión de la sacralidad de una vida impotente: la del óvulo fecundado, pero también las de las mujeres sometidas a ser madres por la fuerza.

* *Filósofa y poeta.*



El momento del aborto mostrado por los medios de comunicación contra la vida fetal.

POSDATA

Seminario: "Una mirada clínica psicopedagógica acerca del aprendizaje", organizado por el Centro de Aprendizaje del Hospital Posadas.Iniciación: jueves 12 de mayo, 9 horas (frecuencia quincenal).Informes e inscripción: Hospital Posadas, Centro de Aprendizaje, 4° piso "B". Martes de 9 a 11 horas. Tel: 659-3247 (lunes 9 a 11) y 650-9386 (martes 14 a 16).

Cine debate organizado por la Asociación de Trabajadores en Psicología Social (ATEPS) en la primera escuela privada de Psicología Social de Enrique Pichon Rivière (24 de Noviembre 1997). En el marco de las jornadas Formas de poder.Proyección de la película Esposas y concubinas de Zang Yi Mou. Con Ruth Teubal (psicóloga social) y María Núñez (crítica de cine de Página/12).

EL DEBATE EN LA SOCIEDAD

Medios y manipulación emocional

(*Por Martha Rosenberg* *) El tema del aborto está instalado en la sociedad, aunque no con la amplitud y la equidad necesarias respecto del uso de los espacios informativos por parte de las distintas posiciones en debate. Un caso especialmente distorsionante es la utilización del canal estatal ATC, por el periodista Mauro Viale, para apoyar la postura oficial de la Iglesia, sin convocar a representantes genuinos de la defensa de la despenalización o legalización y bastardeando con golpes efectistas la necesaria seriedad de lo que está en juego.

La magia de la TV trucha consigue –manipulación emocional y truculencia mediante– hacernos creer que estamos ante la mismísima realidad, certificada por el "discurso científico", cuando nos exhibe imágenes del montaje que intenta hacer carniceras asesinas de todas las mujeres que abortan. En ningún momento hay referencia al sufrimiento de la mujer, a pesar de que la abundante sangre derramada le pertenece, sólo "el niño" importa. Imagen del fracaso del orden simbólico existente a la hora de amparar a todas sus criaturas. Lo cierto es que el producto de la fecundación podrá llegar a ser un niño si la mujer que lo aloja en su cuerpo le otorga la imagen deseada del bebé que en ese momento aún no es y, de ese modo, lo hace hijo suyo. Esta primera operación maternal de la mujer no está asegurada para cualquier embarazo. Cuando no ocurre, son altas las posibilidades de que se aborte espontánea o deliberadamente. Cuando tiene lugar, esta "adopción del embarazo" desencadena una relación en la que ese hijo –ahora sí– al que da la vida le requiere de infinitas maneras el cumplimiento de su promesa de darle lo necesario para vivir.

Sólo así se puede hablar del embrión como "proyecto de vida". Pero ¿proyecto de quién? Si la mujer no es "quien" suscribe y sostiene ese proyecto con su nombre, su cuerpo, su trabajo, no hay madre ni hay hijo. Hay una mujer (o en el mejor de los casos una pareja) que tiene que hacer frente a un "accidente", una zancadilla biológica de su inconsciente. Que no sería tan frecuente si ella tuviera información y acceso a la anticoncepción, y capacidad negociadora para decidir con su pareja las condiciones de su relación sexual. El "accidente" da a esa mujer, ese hombre y ese embrión, la posibilidad de convertirse respectivamente en madre, padre e hijo/a. Pero cualquiera de los tres puede fallar. Cada uno necesita –aunque de manera distinta– de los otros dos, para dejar de ser lo que son: embrión accidental, mujer y hombre accidentados. Para convertirse en mamá, papá y nene/a. Los tres caminos no confluyen necesariamente ni tienen el mismo grado de necesidad mutua. La confluencia de la terna es siempre problemática y nunca ideal. Requiere un trabajo de dominio sobre lo que el azar biológico y el inconsciente nos pone en el camino, para llegar a lo que nos proponemos como meta cultural personal.

La ausencia del deseo del hijo en la mujer es mortífera cuando el proceso biológico de la gestación se le impone. Quien quiere deshacerse de un embarazo y no puede hacerlo posiblemente buscará deshacerse de un hijo. Y no precisamente dándolo en adopción, lo que supone cierto miramiento, sino tal vez "naturalizando" su crianza como fue naturalizada su gestación, es decir, desconectando su deseo y su dignidad de persona de la suerte de ese hijo. La subjetividad de varias generaciones queda comprometida en destinos asociales diversos. El varón puede creer que una vez consumado el acto sexual todo ha terminado. Su "aborto" es el abandono –la distancia– con o sin reconocimiento de las consecuencias. Pero eso no es ningún crimen ni está penado por la ley. Otros, por el contrario,ven frustrado su deseo de adquirir el status de padre por el solo expediente de un coito fecundante. Muchos embriones son "naturalmente" abortados cuando los conflictos subjetivos e interpersonales que implica toda gestación no pueden ser rescatados de la oscuridad del cuerpo de una mujer que no accede a la maternidad. Actualmente la ciencia apunta a eximir a la humanidad de la necesidad de lograr cierto acuerdo entre los sexos para la procreación. Intenta poner al médico como oficiante de la fertilización de las uniones infecundas, consideradas así por no reconocer otra forma de fecundidad en una pareja que la del engendramiento biológico.

Maternidad es el nombre de la disponibilidad de la vida de la mujer para el hijo/a. Y tiene límites. Aunque el fantasma de una madre absoluta abonado por la tradición patriarcal judeocristiana los niegue. O los administre en beneficio del control de la capacidad reproductiva y la sexualidad de las mujeres, desde afuera y desde adentro de la psiquis femenina. Límites que permanentemente se reformulan, tanto por efecto de la maduración y la crianza, como por los cambios que solidarizan las relaciones sociales de reproducción con otras relaciones sociales. Estos límites siempre han sido un lugar de beligerancia entre los sexos por el control de la descendencia, que asegura la reproducción de la vida social. Las mujeres siempre han puesto límites a su fecundidad y lo han hecho con los medios a su alcance, que dependen del contexto económico-social y cultural, sobre el que tienen un poder muy limitado.

La capacidad de gestar no obliga a hacerlo. La procreación obligatoria violenta a las mujeres en su cuerpo y en su libertad de decidir sus proyectos de vida. Uno de sus rostros es el de las políticas de población que, desde instancias supranacionales o nacionales, imponen metas demográficas que implican políticas de salud (y otras) que ignoran las aspiraciones, los derechos y las necesidades de las mujeres. Otro, la mística de la procreación, que atribuye a Dios o la Naturaleza la autoría de la vida, peligrosa y absurda, porque justifica el descuido material de las mujeres y legitima el acceso irrestricto a sus capacidades procreativas por parte de los representantes de la Iglesia y el poder médico. Al no estar garantizada una anticoncepción segura, eficaz y accesible, y criminalizado el aborto, la limitación de los Derechos Reproductivos y las condiciones que de esto resultan –que inscriben en el registro del delito, el pecado y la muerte la libre disposición de su capacidad de engendrar y de su sexualidad– son discriminatorias de las mujeres.

* *Psicoanalista. Foro por los Derechos Reproductivos.*

(Por Ricardo Estacolchic) Libertad es una palabra tan enorme, tan significativa y elevada, que quizás haríamos bien, para reflexionar acerca de ella, en traerla de regreso a ras de tierra.

De lo contrario, la comparsa de representaciones sublimes y deliciosas que la acompaña siempre podría hacer tanto ruido que ocultaría las notas básicas.

A fin de volver a tierra, tomemos un ejemplo muy conocido: pensemos en el personaje de Molière "El avaro". Es una figura ejemplar. Su único anhelo es preservar sellado el cofre repleto de dinero. Ese objeto retiene toda su libido, no le permite hacer otra cosa que cuidarlo. El cree que ésa es la maravilla de su vida y la comicidad reside en que mientras vigila con locura su tesoro, la vida real pasa a su lado. Si se acepta este planteo breve, entonces podemos afirmar que se trata de un objeto que embarga el deseo del sujeto. Lo embarga exactamente en el sentido jurídico del vocablo. El deseo resulta un bien cuya disponibilidad está suspendida hasta nueva orden. Suspendida de ese objeto cómico. Uno ve que su margen de libertad se reduce a cero, mientras el personaje cree ciegamente que sin "eso" él no será nada.

Vemos que aquí "La Libertad" deja de ser una expresión que acarrea representaciones ampulosas, "maravillosas revoluciones que haríamos todos juntos en pos de un ideal" o brutales luchas "contra uno mismo", etcétera, para adquirir un sentido preciso, despojado de horizontes gloriosos. Si el personaje abandonara el divino cofre, sus posibilidades de acción se multiplicarían enormemente.

Ahora hagamos una sustitución, y al cofre del avaro llamémoslo "cofre de la neurosis". ¿Qué contiene tal cofre? Ya que no siempre es dinero real. O mejor dicho... ¿qué se cree que contiene? ¿Cuáles son los gloriosos velos que lo envuelven?

Si el jugador fracasa, el entrenador suele decir: "Se dejó absorber, no supo desmarcarse".

En el análisis es donde uno se entera que un sujeto puede demandar a gritos cosas que en verdad no quiere, y una de esas cosas es la libertad. ¿Y si la jugada me sale mal? ¿Y si la tribuna piensa que soy un chico malo?



UNA PALABRA SUBLIME QUE NECESITA BAJAR A LO REAL

Enumerar tales velos gloriosos sería una tarea infinita, así pues, me limitaré a dar dos ejemplos prácticos.

1) entrevisto a una dama cuyo relato basa su argumentación en todo lo que el marido la hace sufrir. Se explaya a gusto. Al rato me entero de que él es un gran artista, todavía no reconocido en "su verdadero valor". Mientras tanto hay que aguantarlo. Pero... "cuando alcancemos el futuro" ella estará allí, para siempre en la historia del arte, de las mujeres, de la abnegación, etcétera, etcétera.

Le pregunto si ha considerado que tal inscripción histórica podría llegar después de terminada su vida real, y si el precio vale la pena.

Respuesta: "Sí".

2) Un hombre de mediana edad es escritor. Ha producido algunos textos más o menos buenos, pero desde hace años está detenido y frustrado porque no le sale "la novela de su vida". Todo su afán se dirige a escribir por fin el texto... "que me represente a mí, tal cual soy, ¡verdaderamente!".

Parece que él busca parir un libro que lo exprese absolutamente, las letras serían un gran mapa endoscópico que difundiría "su verdad", "su verdadero sí mismo", etc. Mientras tanto no puede dar por finalizado ningún capítulo. Cada palabra que anota en la novela de su vida no parece suficientemente emotiva, justa, impactante, etc. Se ve obligado a repasar todo una y otra vez. Este hombre acomete una empresa descomunal.

Mientras él hablaba, me volvía la imagen del recordado comentarista de fútbol Dante Panzeri. Cada tanto, Panzeri solía decir... "Fulano quiere hacer el gol de su vida...", lo que implicaba la desconexión de Fulano con el partido que se jugaba realmente, así como cierto desapego soberbio por los goles a secas.

La jerga futbolística ofrece una enorme cantidad de latencias, de vibraciones semánticas que en caso de aprovecharse brindan mucha enseñanza.

Supongamos que juega en nuestro equipo algún delantero en el que ciframos esperanzas. Solemos esperar de él que se mueva, que no se quede pegada a la marca. Si fracasa, el entrenador suele decir "se dejó absorber, no supo desmarcarse".

Si ese día uno estuvo presente en el estadio, ha recibido una curiosa impresión visual: el jugador "absorbido" prácticamente no existe, es casi una camiseta vacía que flota en vano por ahí, sin influir en los acontecimientos.

Los fanáticos están al borde del hastío ante esa figura triste, mero zombie portador de un número sin significación alguna.

Por el contrario, el jugador apreciado es aquél que "sabe sacarse la marca de encima", trasmite imágenes de vitalidad fulgurante y sorpresiva... Es un tipo al que hay que tener en cuenta, sabe fabricarse "espacios libres", va en búsqueda de su suerte, su libertad.

Conocemos también a esos jugadores rutinarios que tiran "centros a la olla", a "ver qué pasa", cosa de no quedar mal, respetuosos ante todo de la opinión pública, de lo que los otros puedan pensar, y también están los que se limitan a cuidar su quintita.

Se reconocerá que esto no está lejos de la experiencia analítica. Para dar un ejemplo célebre, el "Hombre de las ratas" desea embarazar a la Dama de sus pensamientos, aun cuando ella ha sufrido la ablación de los ovarios, lo cual sería una especie de gol de media cancha.

Dicha experiencia enseña algunas cosas sobre ese vocablo tan maravilloso llamado "Libertad". Sobre todo enseña a estar prevenido ante semejante dicha. Es sabido que se le indica a un sujeto que asocie libremente, "diga lo que venga", cosa que nunca ocurre.

Incluso hay gente a la cual no le viene ni una palabra libre, sin gobierno que le vaya dictando los pensamientos. Es más fácil soportar un gobierno que un análisis (de allí el "éxito" de las terapias breves). Sin nadie que le diga qué es lo bueno y qué es lo malo ni para dónde patear.

¡¿Qué clase de diálogo es éste donde no encuentro tu guiño cómplice o tu declaración de que soy un buen pibe, que siga traspirando la camiseta?!

En el análisis es donde uno se entera de que un sujeto puede demandar a gritos cosas que en verdad no quiere, y una de esas cosas es la libertad. ¿Y si la jugada me sale mal? ¿Y si la tribuna piensa que soy un chico malo? ¡Un director técnico, por piedad, un padre severo, un capitán cruel!

Allí se entera uno de que los dictadores no vienen solos, sino que son llamados. ¡Que alguien me diga, me contenga, me detenga, me ordene, haga mis cofres bien pesados, me libere de mí mismo!

No obstante lo dicho, si el análisis transcurre efectivamente, iré sabiendo qué clase de explotador feroz y triste he sido yo conmigo. Puede ser que abandone ese cofre que creía sagrado, pero sólo porque me proporcionaba la falsa esperanza de unidad, así como esas marcas históricas que me inmovilizan me convierten en un zombie.

Los cambios en la economía libidinal, en la medida en que el sujeto busca su goce en los semejantes, en los grupos de pertenencia, producen también modificaciones en la posición del sujeto respecto de la ciudad (polis). En ese sentido, el análisis es una labor política.